

nombre y todo el esplendor de mi antigua gloria se perdió! Puesto en el número de los traidores, he visto roto mi acero y vilipendiado el apellido de mis antepasados! Sin un amigo que por mí se interese, desterrado de todas partes, hasta de mí desvía sus miradas un bandido. (Llorando casi.) ¡Ah! cuán dulce ha de ser la muerte, comparada con mi dolor. (Con desesperación.) De todas partes me rechazan... ¡Me has robado el honor!

(Cae en el suelo, presa de la más viva desesperación. —Música en el castillo.)

ORTRUDIS (siempre en la misma posición, sin mirar á Federico, que se levanta lentamente).—¿Más por qué ese dolor; qué cuidados te alarman?

FEDERICO.—¡Monstruo! ¿por qué no me queda un arma para vengarme de ti?

ORTRUDIS (con tranquila ironía).—¿Por qué dudas de mí, conde de Telramundo?

FEDERICO.—Tú sola fuiste causa de mi locura; tú, que me indujiste á acusar á la inocencia. Dijíste que oculta en el fondo del bosque, tus ojos vieron inmolar á la víctima; afirmaste que Elsa precipitó á su hermano en el seno de las ondas, y para enconar mi odio y mi osadía, añadiste que la antigua raza de Radbod no tardaría en recobrar el poder soberano. Por ti rehusé la mano de Elsa; tu estratagemata triunfó, y ocupaste su lugar tú, postre retoño de Radbod.

ORTRUDIS (aparte).—¡Qué suplicio, qué martirio!

FEDERICO (exaltándose).—A mí, cuyo nombre era tan respetado, cuya vida era la misma virtud, conseguiste, artera, engañarme.

ORTRUDIS.—¿Quién te engañó?

FEDERICO.—Tú que me indujiste al error. ¡Dios castigó mi falta!

ORTRUDIS (con amarga ironía).—¿Dios?

FEDERICO.—¡Qué oigo! ¡Cuán extraño me suena este nombre, pronunciado por ti!

ORTRUDIS.—¿Dios? ¿así llamas á tu miedo?

FEDERICO.—¡Ortrudis!

ORTRUDIS.—¡Noble hazaña amenazar á una mujer! ¡Cobarde! ¿cómo no guardaste este furor para vencer á tu infame contrario, único origen de tu tormento? ¡ah! si se le combate sin miedo, es más débil que un niño!

FEDERICO.—Pues cuanto más débil, tanto más resplandece el poder de Dios.

ORTRUDIS.—¡Su poder! Oye, y sabrás cuán débil es el apoyo del Dios que le defiende.

FEDERICO (estremeciéndose, poseído de secreta turbación).—Mujer de férreo corazón ¿pretenderás urdir nuevas tramas para engañarme?

ORTRUDIS (designando el palacio cuyas luces se han extinguido).—A sus devaneos sigue el dulce reposo. Acércate; ya el misterio se desvanece para mí. (Federico se aproxima á Ortrudis y la escucha fascinado.) ¿Conoces á ese héroe, á ese á quien el cisne conducía sobre el agua?

FEDERICO.—¡No!

ORTRUDIS.—A toda costa querrás conocerle cuando sepas que si se descubre el secreto de su ser, queda roto al momento el encanto que le protege, y desaparece toda su fuerza.

FEDERICO.—¡Ah! ya me explico mi debilidad!

ORTRUDIS.—¡Espera! Sólo una mujer tiene el poder de arrancar estos secretos, la mujer que de antemano juró no interrogarle jamás.

FEDERICO.—¿Así, apelando á cualquier artificio, hemos de hacer cómplice nuestra á Elsa.?

ORTRUDIS.—¿Cómo me comprendes!

FEDERICO.—¿De qué modo obligarla?

ORTRUDIS.—Oye; ante todo, no has de alejarte de estos sitios. En seguida, para triunfar, preséntate, é infundiendo la duda en su espíritu dile que un poder falaz causó el error de los jueces.

FEDERICO (con creciente furor).—¡Sí! estratagemata y encantamiento impío!

ORTRUDIS.—... y sino, la fuerza le vencerá.

FEDERICO.—¿La fuerza?

ORTRUDIS.—¿Y de qué me servirá el apoyo que aquí me asegura la magia? Oyeme atento, te lo suplico. Cuando uno se defiende por medio de un amuleto, basta la más leve herida para aniquilar su fuerza. Esta es la ley.

FEDERICO.—¿Sería posible!

ORTRUDIS.—Si le hubieses hecho un rasguño en la lucha, hubiera quedado á tu discreción dejándote árbitro de su suerte.

FEDERICO (sumamente conmovido).—¡El infame! ¡gran Dios! ¿qué oigo? Creí sufrir el fallo celeste. (Con furor y amargura.) Y he combatido sin poderme defender! Sobre mi valor pesaba un hechizo! Con que ¿me sería dado castigar la injuria, y al que me injurió, descubrir el crimen del perjurio y resucitar mi extinguido honor! Todavía tengo fe. Ortrudis, en tu ciencia; más, si me engañaste ¡ay de ti!

ORTRUDIS.—Calma tu furor; confía en mí y verás cuán dulce es la venganza.

(Federico se sienta junto á Ortrudis.)

(Dúo.) Venganza, acude, y guía nuestras armas; ilumínanos en el seno de la noche, y vosotros gozad de suave reposo, mientras sobre vuestras cabezas se cierne la desgracia.

## ESCENA II

Los mismos, ELSA

(Abrese la puerta que da á la terraza. Aparece Elsa en escena vestida de blanco; se apoya en la balaustrada, descansando la frente en sus manos. Federico y Ortrudis continúan sentados en las gradas del castillo.)

ELSA.—¡Céfiros, poco há perturbados por el eco

de mis suspiros; sed testigos ahora de mi destino próspero!

ORTRUDIS.—¡Es ella!

FEDERICO.—¡Elsa!

ELSA.—Vuestro hálito le guió á estas orillas, y desde lejanos mares le trajo hasta aquí.

ORTRUDIS.—¡Cómo maldecirá el nefasto día que va á brillar!

ELSA.—Vosotros que con cariñoso soplo secábais mis lágrimas, acudid á doblar los encantos de mi naciente ventura.

ORTRUDIS.—¡Ea! déjame sola por un momento.

FEDERICO.—¿Por qué?

ORTRUDIS.—Esta es mi presa; para ti la otra! (En voz alta, plañidera.) Elsa!

ELSA.—¿Quién viene? ¿qué voz lastimera pronuncia mi nombre en el silencio de la noche?

ORTRUDIS.—Elsa ¿no es para ti mi voz, sino vano ruido? ¿rechazas á la fugitiva que por ti lo perdió todo?

ELSA.—¿Eres tú, Ortrudis? ¿qué quieres, desdichada?

ORTRUDIS.—Sí, desdichada! Mi suerte es atroz! Viviendo tranquila y solitaria en el seno de la umbría selva ¿qué te hice? Triste, sin un amigo en la tierra, mísero juguete del destino ¿qué te hice?

ELSA.—¡Gran Dios! ¡tú, acusarme tú! ¿por qué males te he causado, dí?

ORTRUDIS.—¿Viste con envidiosa mirada el himeneo que me enlazó con el hombre despreciado por ti?

ELSA.—¡Dios poderoso! ¿qué quieres decir?

ORTRUDIS.—Si un día, en su delirio, pudo reprocharte un crimen horrible, ¿no es sobrado infeliz su corazón desgarrado por el remordimiento?

ELSA.—¡Justo Dios!

ORTRUDIS.—Tú vives feliz! Después de la prueba dolorosa, puedes, desde la cima de tu grandeza, desterrarme inclemente á que oculte lejos mi dolor,

para que mi vivo sufrimiento no empañe tu ventura!

ELSA (conmovida).—¡Señor! ¿sería digna yo de los bienes que me concedes, si dejase solo y desvalido el infortunio que me implora? No, ciertamente, Ortrudis; espera, voy á tu encuentro.

(Elsa entra en el castillo. Ortrudis baja las gradas con gozo feroz.)

ORTRUDIS.—¡Dioses del odio, dioses de la venganza! Venid á castigar infames atentados; y desde vuestros altares domad el orgullo de estos viles apóstoles! ¡Odin, mi voz te implora! ¡Freya, protégenos! ¡Ah! ¡preparado se halla el lazo!

ELSA (dentro).—¿Dónde estás, Ortrudis? (Sale Elsa del castillo acompañada de dos doncellas con antorchas.)

ORTRUDIS (prosternándose ante Elsa).—¡Aquí, suplicante!

ELSA (retrocediendo azorada).—¡Gran Dios! ¡cómo! ¡temblar tú, tú que vivías en el esplendor! ¡Ah! ¡comprendo tu amarga pena y comparto tu dolor! Levanta; no más ruegos, yo te perdono, y tú, por el daño que pude causarte, perdóname también.

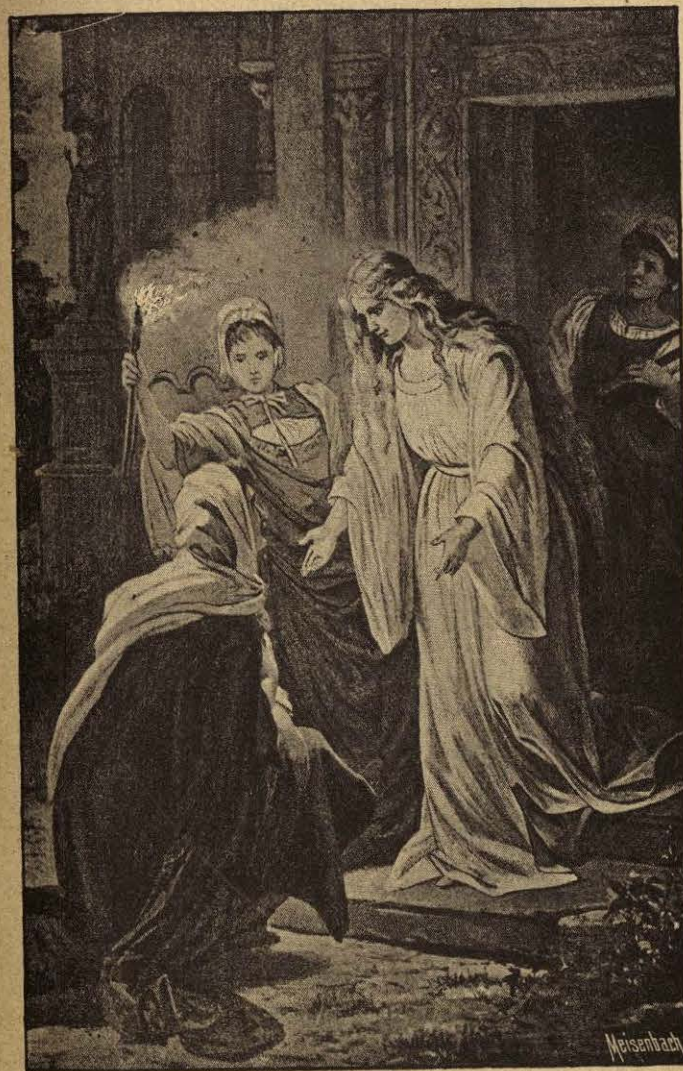
ORTRUDIS.—¡Cuán buena, cuán grande es tu alma!

ELSA.—Iré á suplicar á mi noble esposo que perdone al hombre á quien venció.

ORTRUDIS.—Mi corazón sabrá pagar su deuda.

ELSA (cada vez más tranquila y confiada).—Al clarear el alba, ven, y con tu traje de gala sigue mis pasos al templo, donde me aguarda mi ilustre esposo (Con arrobamiento.) para pronunciar tierno juramento.

ORTRUDIS.—¿Cómo corresponder á tantas bondades? Quebrantado el corazón por tantos males, sólo me resta confundirme entre tus oscuros vasallos. (Acercándose á Elsa.) Sin embargo, aún conservo un dón que me pertenece para siempre. Mi ciencia puede evitarte los tardíos remordimientos de un funesto destino.



ELSA (con ingenua confianza).—¿Qué oigo?

ORTRUDIS (con viveza).—Guárdate (Moderándose.) de confiar en tu ventura y conoce, al oirme, el horror del peligro que te amenaza.

ELSA (con secreto terror).—¡Acaba!

ORTRUDIS (con misterio).—Comprenda tu corazón la incógnita suerte de tu esposo; el hechizo que nos le trajo, podría arrebatárnoslo.

ELSA (se aparta, con un movimiento de horror; y luego, acercándose á Ortrudis con tristeza y compasión).—Nunca podrás conocer la fe que reina en mi corazón; fe que llena mi sér todo y es fuente de toda felicidad. (Con dulzura.) Ven á mí, y comprenderás estos bienes que nada puede robarnos, el amor tierno y profundo que ningún remordimiento logrará empañar.

ORTRUDIS (aparte).—¡Ah! ese orgullo me indica por dónde podrá flaquear su fe; nada les advertirá el lazo que les preparo.

(Ortrudis, guiada por Elsa, entra en el castillo con fingida humildad. Precédenlas las doncellas con las antorchas. Despunta el día.)

FEDERICO (adelantándose al proscenio).—Allí penetró la desventura! Triunfa, mujer, en esta lucha y camina con firme paso hacia la meta. Abrase para mí rival el sombrío abismo donde me precipitó mi caída. Un solo deseo arde en mi pecho: que perezca el autor de mi desgracia.

### ESCENA III

FEDERICO, NOBLES, CIUDADANOS, después el  
HERALDO

(Despunta el día. Dos centinelas en la torre tocan diana. Contéstanles más lejos desde otra torre. Federico, al ver que la multitud se aproxima, ocúltase tras de un muro, junto al castillo. Mien-

tras los guardias de la torre bajan y abren las puertas, van entrando los sirvientes por distintos lados y se dedican á sus faenas. Llenan en una fuente vasijas de metal y las llevan al palacio. Abrense las puertas del palacio. Aparecen cuatro trompeteros y ejecutan la llamada del rey. Vuelven á entrar en el palacio. Las sirvientes han ido desapareciendo de la escena. Gran número de nobles y ciudadanos llegan por el patio y por la puerta de la torre.)

CORO.—¡Suenan el alegre toque de diana! ¡el héroe que mostró su gran valor ha de quedar siempre pre victorioso!

(Sale del palacio el heraldo con los cuatro trompeteros; todos los presentes les contemplan con animación y curiosidad.)

EL HERALDO (en la puerta del palacio).—Oíd la voluntad del rey, y respetad sus decretos. Ha desterrado del Imperio á Federico, cuya derrota patentizó su felonía, y si algún traidor conspirase por él, sufrirá idéntica pena.

CORO.—¡Mal haya el miserable! Dios le ha desterrado; persíganle los remordimientos; maldito sea. (Al toque de los trompetas, concéntrase de nuevo la atención en el heraldo.)

EL HERALDO.—Aún hay más. Hace saber el rey que el extranjero á quien Elsa entrega su mano, tendrá por dote el trono y la corona, y como ha rehusado el título de duque, será nombrado protector de Brabante.

CORO.—Gloria al valiente mortal, gloria al héroe favorecido del cielo; viva feliz y enaltecido el protector de Brabante.

EL HERALDO.—Oíd sus deseos: hoy se enlaza en noble himeneo; mañana acudid todos armados á escoltar á nuestro soberano, que, en vez de saborear las delicias del reposo, quiere ser vuestro caudillo en el combate.

Todos (con entusiasmo).—¡A las armas, sin tardar!

El guiará nuestros pasos; por él conoceremos la gloria de los combates! ¡Dios le eligió; Dios guía su brazo! En marcha! en marcha! sigamos sus pasos!

*Cuatro nobles entre sí.*

PRIMER NOBLE.—¡A qué nuevas guerras!...

SEGUNDO NOBLE.—Y contra un enemigo que nos dejaba en paz!

TERCER NOBLE.—El orgullo le ciega y le devora.

CUARTO NOBLE.—¿Quién será capaz de resistirle en adelante?

FEDERICO (deslizándose entre ellos y descubriéndose).—¡Yo!

LOS CUATRO NOBLES (retrocediendo). — ¡Federico! ¡qué veo! ¡oh! ¡vete! ¡huye para siempre! ¿osas afrontar el ultraje de los criados?

FEDERICO.—¿No sabéis, ilusos, que tengo el medio de acusar de impostor al que quiere doblegaros á su yugo?

LOS CUATRO NOBLES.—Infame, ¿qué esperas? ¡vete, teme el enojo de los cielos! Déjanos ¿quién contestaría á tu llamamiento?

(Empujan á Federico y lo ocultan entre ellos para sustraerlo á las miradas del pueblo. La multitud se adelanta al proscenio. Cuatro pajes aparecen por la puerta de la Kemenate en la terraza y bajan hacia el palacio.)

LOS CUATRO PAJES.—¡En fila, en fila! Nuestra noble señora Elsa va á dirigir sus preces al Dios del cielo.

(Los pajes abren paso entre la muchedumbre que se aparta muy solícita. Despejan las gradas de la iglesia, permaneciendo allí. Salen otros cuatro pajes con mesurado paso y actitud solemne de la Kemenate y se detienen en la terraza, esperando el cortejo de las mujeres para conducirlo.)

## ESCENA IV

Los mismos, ELSA, ORTRUDIS, damas del séquito de ELSA

(Sale de la Kemenate una larga fila de damas ricamente vestidas, atraviesa la terraza, bajando hacia el palacio y cruzando el proscenio para dirigirse á la iglesia. Aparece Elsa. Los nobles se descubren respetuosamente.)

Coro (nobles y ciudadanos brabanzones).—¡Dígnese el cielo velar por tu reposo, dispensándote alegre existencia, después de tantos sufrimientos! (Los nobles que involuntariamente obstruyen el paso, retroceden ante los pajes que abren la marcha al cortejo. Elsa ha llegado á la plataforma del palacio; todas las miradas se fijan en ella.) ¡Vedla! ¡cómo un ángel desciende hacia vosotros! cantemos su alabanza; es el ángel de Brabante!

(Elsa atraviesa lentamente el proscenio. Pajes y doncellas se colocan en filas en las gradas de la iglesia dejando libre espacio á Elsa. En el momento en que ésta pone la planta sobre la primera grada, Ortrudis, que caminaba aislada en medio del cortejo, se adelanta con furioso ademán y se coloca ante Elsa, haciéndola retroceder.)

ORTRUDIS.—¡Atrás, Elsa! no quiero seguirte más como humilde sierva. Inclínate ante mí, tímida y suplicante. Este es mi sitio, y lo ocupo!

Todos.—¿Qué ha dicho?

ELSA (azorada).—¡Gran Dios! ¡terrible día! ¿qué repentino cambio se opera en ti?

ORTRUDIS.—¿Pensabas acaso que olvidando mi gerarquía y mi nombre, me arrastraría largo tiempo á tus pies? ¡Mi derrota requiere una venganza! (Con energía.) Mi sitio es este, y lo ocupo sin temor!

(Asombro y movimiento general.)

ELSA.—¡Cómo! tu hipocresía ha logrado sorpren-

derme cuando esta noche llorabas junto á mí? ¿todavía osas pretender el primer puesto tú, cuyo esposo maldijo el cielo?

ORTRUDIS (con orgulloso aplomo).—Sí; porque sufre una injusta sentencia. En su país su nombre era citado con elogio, el brillo de su virtud era inmenso, y su temido acero triunfaba por do quiera. Pero ¡y tú! ¿dinos ¿quién puede ser tu esposo, cuando ni siquiera puedes conocerlo tú?

LAS DONCELLAS Y LOS PAJES.—¡Qué escucho! ¡cómo! ¡atreverse á tanto! silencio, insolente; largo de aquí.

ORTRUDIS.—¿Podrás decirme, podrás decirnos, cuál es su nombre y quiénes sus abuelos? ¿de qué país la trajeron las olas? ¿y por qué regiones dejará las nuestras? (Con energía.) Bien lejos de atreverse á instruirnos, se niega de antemano á toda revelación.

CORO.—¿Será verdad? ¡cruel sospecha! ¡qué impostura!

ELSA (reprimiéndose).—¡Pérfido corazón! ¡mujer sin fe! ¡ah! óyeme y avergüénzate. Tan pura es el alma de mi esposo, que nada iguala á su grandeza; dudar de él es una injuria que mataría mi felicidad.

Todos.—¡Muy bien! ¡muy bien!

ELSA.—Dios, sólo Dios, con la victoria dictó su fallo entre mi señor y tu esposo. (Al pueblo.) ¿A quién de entrambos hay que dar crédito? decid!

Todos.—A él, á él, á tu esposo.

ORTRUDIS (á Elsa, con irrisión).—¡Ah! ¡cuán empañado quedaría el brillo de su gloria santa y pura, si manifestase de qué índole es el poder que le escuda! (Con insistencia.) Si te niegas á saberlo, no tardaremos en ver cómo tiembles por temor de que su virtud no sea más que una palabra vana. (Abrense las puertas del palacio. Salen los cuatro clarines del rey y tocan llamada.)

LAS DONCELLAS (sosteniendo á Elsa).—¡Sella tu boca, mujer impía!

LOS HOMBRES (en el fondo).—Abrid paso, abrid paso: el Rey!

### ESCENA V

Los mismos, el REY, LOHENGRIN

(El Rey, Lohengrin y los nobles sajones salen del palacio; visten trajes magníficos. El Rey y Lohengrin se mezclan en los grupos que ocupan el proscenio.)

LOS BRABANZONES.—Salud, príncipe, gloria á ti!

EL REY.—¿Qué rumor es ese?

ELSA (echándose en brazos de Lohengrin).—¡Oh, señor... mi solo dueño!

LOHENGRIN.—¿Qué ocurre?

EL REY.—¿Qué trastorno ha surgido á las puertas del templo?

LOS SAJONES.—¿Qué tumulto! ¿quién te amenaza?

LOHENGRIN (percibiendo á Ortrudis).—¿Qué veo? ¡esa mujer junto á ti!

ELSA.—¡Por favor! ¡sé mi escudo contra ella! ¡ah! ¡mal te obedecí! ¡condolióse mi pecho al ver su llanto, su amarga pena! Ya ves el premio de mi bondad sincera: mi crimen es mi fe en tu virtud.

LOHENGRIN (fijando en Ortrudis una mirada que la obliga á retroceder).—Desprecio tu poderío, aléjate; nunca vencerás. (Volviéndose afectuoso hacia Elsa.) Dime, Elsa mía: ¿ha logrado inspirarte alarmas? (Ella oculta su rostro en el seno de Lohengrin.) ¡Ven, y deja libre curso á tus lágrimas!

FEDERICO (bajando impetuosamente las gradas de la iglesia; pajes y doncellas retroceden al verle).—¡Oh príncipe... y vosotros á quienes engaña, deteneos!

EL REY.—¿Qué osadía!

TODOS LOS HOMBRES.—¡Pérfido! ¡aparta!

FEDERICO.—Oídme todos.

EL REY Y LOS HOMBRES.—Vete de aquí ó vas á morir!

FEDERICO.—No, no; no puedo sufrir mi destino! El fallo fué profanado por astucia; sois víctimas del sortilegio de un encantador!

EL REY.—¡Muera el infame!

LOS NOBLES (lanzándose sobre Federico).—¡Vas á morir!

FEDERICO (con la energía de la desesperación, dirigiéndose á Lohengrin, sin preocuparse de los que le rodean).—Por más encumbrado que te encuentres, te declaro impostar! (Los que rodean á Federico se detienen y escuchan.) Disipe Dios tu falaz poder, como nube de polvo! Nadie desenmascaró al traidor que me robó la honra, diciéndole: ¿quién eres tú? Pero yo se lo pregunto, cara á cara, aunque hubiese de combatir contra vosotros todos. (Con acento imperioso.) Su nombre! su título! su raza! ¡que los declare al momento! (Emoción y agitación general.) ¿Quién puede ser este hombre? Un cisne nos lo trajo... ¡cómo tal sortilegio no infunde la duda en vuestros espíritus! ¡que conteste, que hable! ¡oigámosle todos! ¡séparse si nos engañó! (Todo el mundo contempla á Lohengrin con ansiedad.)

LOHENGRIN.—Contestar á tus apóstrofes, vergüenza de tu raza, es concederte demasiado honor! El justo desprecia, impávido, la audacia de los traidores.

FEDERICO.—Si á contestarme se niega ¡oh noble rey! ¿puede oponerse á darte plena explicación?

LOHENGRIN.—Sí, me niego á darla al rey, y me niego á dársela á vosotros, nobles paladines! Se me acusa sin fundamento; pruebas tengo dadas de mi valor; á ella, sólo á ella he de contestar! (Lohengrin vuelve el rostro hacia Elsa y se detiene viéndose.)

dola trastornada, presa de interior combate.) ¡Elsa! ¿que tendrá?

*Concertante*

EL REY Y LOS NOBLES.—Sí; el héroe sin miedo puede guardar su secreto en el fondo de su corazón; respetamos su misterio; pruebas dió de su valor.

ORTRUDIS Y FEDERICO.—Veo su turbación y su dolor acerbo; por fin la duda se infiltró en su corazón; ha sonado ya la hora de la desventura para el extranjero.

LOHENGRIN.—Veo su turbación y su dolor acerbo; la calumnia se infiltró en su corazón; ¡ah! ¡justo Dios! ilumínala tu gracia; aparta de su alma la triste duda.

ELSA (con los ojos inclinados al suelo).—Si el secreto que quiere guardar ha de exponerle á alguna desventura, caiga sobre mi cabeza el rayo! ¡la terrible duda invadió mi corazón!

EL REY.—Contéstale sin miedo al vil traidor! ninguna sospecha puede empañar tu fama! (Los nobles sajones y brabanzones se agrupan en torno de Lohengrin.) Sin vacilar tomamos tu defensa; cuenta con nuestro apoyo, noble héroe! tiéndenos la mano; desde luego proclamamos ilustre entre nosotros tu jerarquía y tu nombre.

LOHENGRIN.—Confiad en mí, sin temor, aun cuando mi nombre hubiese de continuar secreto para vosotros.

(Los hombres se acercan á Lohengrin y estrechan sus manos.)

FEDERICO (en voz baja, á Elsa, con misterio).—Escucha; si quieres saberlo todo, te diré...

ELSA (azorada, sin levantar la voz).—No! no! jamás!

FEDERICO.—Si logro sorprenderle junto á ti, prométote que, sin peligro alguno para él, conocerás

al punto sus secretos. No temas que te abandone; ¡te pertenece!

ELSA.—Ah! no, jamás!

FEDERICO.—Cuando anochezca... una palabra sola... y todo queda resuelto.

LOHENGRIN (adelantándose vivamente al proscenio).—¿A quién prestas oído, Elsa? (Con energía á Federico y Ortrudis.) Vete, rebelde pareja; alejaos de ella, y para siempre! (Federico hace un gesto de furor. Lohengrin se aproxima á Elsa quien, tristemente, se prosterna á sus pies.) ¡Levanta, Elsa! Mi ventura reside en tu mano, en tu fe. ¿Penetró en tu pecho la duda? ¡habla! ¿quieres interrogarme?

ELSA (con efusión, presa de agitación interna).—¡Mi guía, mi héroe, mi salvador! A ti me debo, tuya soy; nada logrará debilitar el ardor de mi amor sincero.

(Cae en brazos de Lohengrin.)

LOHENGRIN.—¡Ven, Elsa mía! entremos en el sagrado recinto!

EL CORO.—Sí, sí! Dios lo envió! Gloria á ti, Elsa de Brabantte; bendiga para siempre el cielo tu enlace con tu héroe! gloria á ti, Elsa de Brabante!

(Lohengrin, escoltado por los pajes, conduce á Elsa al lado del Rey. Juntos suben las gradas de la iglesia, y se detienen en el atrio. Desde aquí Elsa percibe á Ortrudis que la amenaza con el gesto. Elsa, azorada, se aproxima á Lohengrin. Atraviesan, con el rey, el umbral de la iglesia.—Cae el telón.)